

EL PUEBLO DONDE VIVO: KOUBRI

El pueblo donde vivo es un pueblo abierto que te invita a alargar la mirada más allá **de** donde alcanza la vista.

Sus calles son espaciosas, vacías y polvorientas... **haz** de mirar bien donde pisas porque puedes encontrar de todo...

Sobre **todo** a las cinco de la madrugada, cuando vamos **a** la Eucaristía: momento **esencial** de nuestra jornada, donde recibimos el Alimento para continuar el camino, intentando repartir lo mejor de nosotras mismas. A estas horas todavía es noche cerrada, sin luz eléctrica: todo negro, todo silencio; la tenue luz de una linterna, iluminando nuestros pasos.

A la vuelta, el día ya brilla. Es **como si**, de pronto, del cielo corrieras un tupido manto negro para que los rayos del sol se **extiendan** por todos los rincones, para acariciar la piel de esta gente, agrietada por los efectos **del frío** de esta época, y aliviarlos de las bajas temperaturas de la noche. Al medio día el calor te fríe...

Vayas por donde vayas **pasarás** esquivando trozos de ropa raída y vieja, esparcida por **aquí** y por allá; plásticos, alambres...

Latas, botellas, cabellos artificiales y largas trenzas que en otro momento fueron el adorno en la cabeza de alguna **muchachita...**

En esta época del **harmatán**, además del **frío**, hay mucho viento, lo cual hace que todo el polvo de las calles se levante, poniendo sobre nuestras cabezas una sábana marrón. Cuando llega la noche, no se sabe de qué color es tu **piel ni** si lo que masticas es pan o tierra...

Como pueden ver, las calles son estercoleros permanentes donde se recrean cerdos, cabras, gallinas... **buscando algo qué** comer... Todo lo echan a la calle; no hay duchas, ni servicios, ni cocinas..., así que todas las **porquerías** de todo tipo **terminan** en las calles.

Puede que algún cerdo, después de mucho hozar, encuentre algo que comer, cosa improbable, porque aquí, los humanos, no tiran ni los huesos.

El pueblo donde vivo, alberga grandes y milenarios árboles, de troncos nudosos y ramas extendidas, alivio para quienes buscan su sombra en **las** horas de intenso calor.

Sus casas bajas, pequeñas, cuadradas, hechas de barro pisado, de tierra roja como **la sangre del** esfuerzo, rodeadas por muros para resguardar su pobreza...

Enfrente de esta casa está la nuestra, **insertada** en el medio ambiente, pero tratando de mejorar lo mejorable...

Esta es la calle principal, saturada de bicicletas que es el medio de locomoción de los pobres.

Debajo de esa sombrilla celeste que se ve, hay una estación de gasolina, petróleo y gasoil. Más arriba, puestecitos de tomates, cebollas, papayas y todo lo que se pueda vender.

En el pueblo donde vivo no hay agua corriente, ni hay duchas, ni baños, solo bidones de 20 litros para ir a llenarlos a la pompa más cercana. Al despuntar el día los

niños y mayores van a buscarla con sus bicicletas o sus carros antes de irse al colegio o al trabajo.

Ya, desde la más tierna edad, los niños comparten el peso de los trabajos familiares y muchas veces muy por encima **de** su edad y **de** sus fuerzas. Nadie se **rebela** ni se echa atrás.

Con la sonrisa abierta que ilumina sus ojos, te acogen y te agradecen que te hayas **parado** y te hayas fijado en ellos. ¿Cómo no estar dispuestos a ayudarles para que algún día puedan vivir a la altura de todo ser humano?

En el pueblo donde vivo, si quieres comer algo antes de ir a tu trabajo, no hay problema: te **encontrarás** restaurantes tradicionales que te sirven lo que hay: arroz, lentejas, bolas de pasta adornada con salsa de tomate y condimentada con **pezuñas** de gallina y pollo, no muslos ni pechugas, sino **pezuñas**, lo demás **irá** a otras cacerolas...

Como veis, por paredes, cuatro palos; por techo, ramas de hierba seca; por mesas, la misma tierra, que recibe todo...

La gente es muy sencilla. Las **mamás**, como todas las **mamás**, se alegran cuando una se detiene con ellas y acariciamos a sus niños. El lenguaje del amor es conocido por todos.

Los cristianos, por Navidad, hacen en las puertas de sus casas un belén que adornan y pintan de las formas más variadas y originales, luego pasa un jurado y premian los más destacados. Los cerdos no son del belén, están ahí todos los días.

Así es el pueblo donde vivo. Así es Koubri. Pues bien, a seis kilómetros de aquí están los terrenos de la misión, donde, en un futuro **no muy lejano —así lo esperamos—, estará** levantado el complejo que **albergará**: talleres de aprendizaje para la mujer, casa de acogida para niñas sin posibilidades, centro de promoción, escuela materna, clases de primaria y secundaria; campos de deporte y juegos para la gente del barrio. Para estos campos de deportes, **queremos hacer unos servicios donde puedan hacer sus necesidades**. Para esto, buscamos ayudas económicas. Su valor asciende a seis mil euros. Si nos pueden ayudar en algo, se lo agradecemos infinitamente.

Gracias por vuestro recuerdo y cariño; también yo os llevo en mi corazón.

SALVI